*08:42, Salamanca, 11 de noviembre de 2026*

—¡Qué asco!

En el borde de la acera había una mancha seca, amarillenta y blanquecina. A su alrededor quedaban pequeños restos sólidos que habían quedado pegados al pavimento. Y yo casi lo piso.

Rodeo el vómito y entro en el edificio.

El crimen se cometió en casa de la víctima. Un tercero sin ascensor en Tejares, un barrio a las afueras de Salamanca.

Antes de subir las escaleras doy un pequeño golpe a la pared. Me sorprende lo gruesas que son.

La vecina de la víctima llamó para quejarse del ruido y, cuando la Policía Nacional llegó, se encontró con el cadáver de Ezequiel Valdés tirado en el suelo con un cuchillo jamonero clavado en el pecho.

Subo las escaleras observando cada detalle.

Hay 48 escalones. Subo y bajo el último escalón para dar 50 pasos en total.

—Inspectora Ríos, buenos días —me saluda mi compañero desde la entrada del piso, agitando la mano.

—Lo serán para ti, Carlos —digo con ironía al llegar—. Bueno, ¿qué información tenemos sobre la víctima?

—Bastante, la verdad —responde Carlos encogiéndose de hombros—. Es un varón de cuarenta y seis años. Vivía solo. La vecina que llamó nos ha contado que nunca le han visto con nadie. Solo sale una vez a la semana y ya. No se relacionaba con nadie del edificio y, cito textualmente las palabras de su vecina, "no creo que tuviera amigos ni familia". Tampoco hay constancia de que tuviera un trabajo.

Me acerco al cadáver y lo observo con cuidado, sin tocarlo. Hay menos sangre de la que esperaba, teniendo en cuenta que el hombre tiene un cuchillo clavado en el pecho.

Nunca me ha dado asco esto de estar con cadáveres. Al principio me daba algo de impresión, pero poco a poco he ido aprendiendo que, a veces, dan más asco los vivos que los muertos.

Debo admitir que en este trabajo se agradece más ver un cadáver en descomposición que ver a una persona respirando tranquilamente mientras tiene las manos manchadas de sangre.

Me vuelvo hacia Carlos, que me mira expectante. Está deseando que le pregunte.

—¿Qué más sabemos?

—Descúbrelo tú misma —dice señalando un ordenador portátil.

Me acerco a verlo y lo enciendo.

Hay un documento Word abierto. Hay un montón de fotos. Algunas son de cheques, montones de dinero, recibos… Hay cinco fotos de diferentes personas: una mujer mayor, un hombre manco, una mujer con muletas, un adolescente y una chica con un pañuelo en la cabeza. Me resultan familiares.

Abajo del todo pone una sola frase:

*Me arrepiento de haberle clavado un cuchillo, pero no de matarlo.*

Miro a mi compañero, que no se ha separado de mí ni un minuto desde que he llegado.

—¿Qué es esto? —exijo.

—¿Te acuerdas del suicidio colectivo que se llevó a cabo en el gimnasio del instituto público de Peñaranda de Bracamonte hace dos años?

—Sí… lo recuerdo. Salió en todos los telediarios.

—¿Y te acuerdas de qué pasó al final?

—Archivaron el caso. Falta de pruebas, si no me equivoco —hago memoria—. El conserje del instituto también apareció muerto en el mismo gimnasio poco después —murmuro—. Se declaró suicidio también…

Vuelvo a mirar las fotos de las personas y ahora sí que las reconozco.

—Son los Suicidas de Bracamonte —digo para mí misma.

Carlos asiente.

—Exacto.

—¿Qué significa todo esto? —pregunto.

Mi compañero pone una mano en mi hombro. He empezado a temblar sin darme cuenta.

—No lo sé.

*11:23, Peñaranda de Bracamonte, 12 de noviembre de 2026*

Carlos y yo somos los encargados de interrogar a algunos de los familiares de los Suicidas de Bracamonte.

La primera familia a la que visitamos es la de Miriam Carabias, la chica con el pañuelo en la cabeza.

La casa de los Carabias se encuentra en la plaza del templete, justo al lado de la biblioteca pública.

Miriam tenía veinticuatro años cuando se suicidó. La pobre muchacha padecía linfoma de Hodgkin, un tipo de cáncer que afecta al sistema linfático.

Nos bajamos del coche patrulla y llamamos al timbre.

Una mujer, que supongo que será la madre de la muchacha, es quien nos abre la puerta. Detrás de ella hay un hombre, el padre de Miriam.

—¿Samatha Ramírez y Alfonso Carabias? —Ambos asienten con la cabeza—. Soy la inspectora Leonor Ríos y mi compañero Carlos Ruiz.

—¿Va todo bien, agentes? —pregunta la mujer con voz temblorosa.

—Queremos hacerle un par de preguntas sobre este hombre. —Saco mi móvil de mi bolsillo y les muestro una fotografía de Ezequiel.

Alfonso se asoma por encima del hombro de su mujer. Mira la foto durante diez segundos. Acto seguido, nos cierra la puerta en toda la cara.

—¡Pero bueno! —dice Carlos asombrado.

Me encojo de hombros y volvemos al coche patrulla.

No hay tiempo que perder.

*15:18, Peñaranda de Bracamonte, 12 de noviembre de 2026*

La siguiente familia por interrogar es la de Dolores Navarro, la anciana.

Vivía en un chalet a las afueras de Peñaranda, donde ahora residen su hijo, Pedro Muñoz, y su esposa, Clara Romero.

Es Clara quien nos abre.

Tendrá alrededor de cuarenta años. Se pueden apreciar unas ojeras bastante marcadas, como si estuviera cansada.

—Buenas tardes —saludo—. Somos Leonor Ríos y Carlos Ruiz, inspectores de la Policía Judicial. ¿Podemos pasar?

Clara, sorprendida, se hace a un lado y nos deja entrar.

—¿Qué ha ocurrido, agentes? —pregunta Clara.

—¿Está aquí su marido? —pregunto yo.

—Sí, está en el salón.

Clara nos lleva hasta el salón, donde se encuentra un hombre tumbado en el sofá con el pijama todavía puesto.

—Buenas tardes, señor Muñoz.

—Buenas tardes —saluda el hombre, incorporándose— ¿Va todo bien?

Nos sentamos junto a él en el sofá. Clara también se sienta con nosotros. Carlos saca una fotografía y se la enseña.

—¿Conocen a este hombre? —pregunta Carlos.

Pedro y Clara se quedan unos segundos observando la foto.

Finalmente, Pedro habla.

—Era el terapeuta de mi madre.

Veo a Carlos arrugar el entrecejo a mi lado.

—¿El terapeuta? —pregunto confundida.

No tenemos constancia de que Ezequiel tuviera un título universitario.

Pedro asiente con la cabeza.

—Sí. Después de la muerte de mi padre, mi madre empezó a empeorar. Cada vez estaba más triste, más cansada, no comía… Así que decidimos llevarla a un grupo de terapia que nos recomendaron —explica con voz temblorosa—. También iba con Santi, el hijo de unos amigos. Él lo estaba pasando muy mal por el colegio.

A Pedro se le rompe la voz y empieza a sollozar. Clara lo abraza.

—Nunca llegamos a imaginar lo que iba a pasar. Se la veía tan contenta desde que empezó las terapias… —dice la mujer—. En fin, ¿qué pasa con Esteban?

Carlos y yo nos miramos confundidos.

—¿Esteban? Será Ezequiel —dice Carlos mirándola.

Ambos nos miran con confusión.

—Ese imbécil… Nos mintió hasta en su propio nombre —dice Pedro con rabia.

—Nunca nos fiamos al cien por cien de él. Era muy raro y… —Clara se interrumpe a sí misma con una arcada.

Se levanta rápidamente del sofá y se va corriendo. No le da tiempo a llegar al baño y vomita en mitad del pasillo.

Pedro va detrás de ella y le sujeta el pelo mientras vomita.

El inspector se vuelve hacia mí.

—¿Tan feo soy? —pregunta.

—Te está sangrando la nariz otra vez. —Le tiendo un pañuelo para intentar cortar la hemorragia nasal—. Ten, límpiate.

Pedro vuelve sin Clara, quien se ha quedado en el baño lavándose los dientes.

—Perdonad, Clara le tiene fobia a la sangre. Le da muchísima impresión y cada vez que ve un poco acaba vomitando.

—No se preocupe —le tranquiliza Carlos.

—Mi compañero tiene un problema con la coagulación de la sangre, por eso tiene hemorragias nasales repentinas —explico.

—Exacto. —Asiente Carlos con la cabeza—. ¿Puedo ir al baño a lavarme?

—Adelante. Ve al del piso de arriba.

Carlos le agradece y sale de la habitación, dejándonos solos a Pedro y a mí. Tiene los ojos llorosos, pero ha dejado de sollozar. Es Pedro quien habla primero.

—Entonces, ¿qué le ha pasado a Esteban-Ezequiel-comosellame?

—Ha aparecido muerto en su casa. Alguien lo ha asesinado.

Le explico la situación. Le hablo sobre el Word que encontramos.

La expresión de Pedro se ensombrece a medida que voy hablando.

—Es una pena.

—Por su cara no lo parece —comento—. ¿Cómo era su relación con Ezequiel?

En ese momento entra Carlos con la nariz bien lavada y sin rastro de sangre.

—No teníamos relación —comienza el hombre—, básicamente porque no sabíamos quién era. Pero nos caía bien al principio. Lo dicho, mi madre venía siempre muy contenta después de las sesiones.

—El resto de los familiares de los suici… pacientes, ¿cómo se llevaban con él?

*Debería intentar tener más tacto.*

—Después de lo sucedido intentamos denunciarle todos juntos, pero nos fue imposible. No había prueba física de que existiera. Ninguno lo conocía realmente ni tenía información sobre él.

Pedro se seca una lágrima rebelde que le resbala por la mejilla.

—¿Por qué querían denunciarle?

—Por asesinato.

—¿Le culpaba del suicidio colectivo?

—Sí. Cuando se hizo el funeral conjunto, Natalia, la madre de Santi, nos dijo que debíamos denunciarle. Que era culpa de Esteban (o Ezequiel) que esto hubiera pasado.

Clara vuelve y se sienta al lado de su esposo.

—Lo siento.

—No te preocupes.

Clara me sonríe y se abraza a Pedro.

—¿Cómo es ahora vuestra relación con Natalia y los demás?

—Como no conseguimos nada, intentamos olvidar el tema y dejarlo pasar. La familia de Miriam se niega a hablar del tema completamente, pero nos llevamos bien. —Por eso nos cerraron la puerta en toda la cara—. Las de Sofía y Roberto se mudaron y no hemos vuelto a saber nada de ellas. Natalia se enfadó con todos por "abandonarla". —Toma una pausa para respirar—. Empezó a emparanoiarse cada vez más. Aseguraba haberle visto por la calle. Se obsesionó hasta tal punto que dejó su trabajo y se encerró en su casa. Su marido se divorció de ella hace unos meses.

—Fue una época muy dura para ella. Antes de todo, Natalia y yo éramos muy amigas —añade Clara—. Santiago para mí era como un hijo. Natalia era como mi hermana; crecimos juntas. Aunque Natalia buscó un trabajo que pudiera realizar desde su casa, yo decidí buscar un trabajo extra para poder ayudarla con los gastos. Pero no es suficiente; el casero va a echarla pronto.

Carlos vuelve del baño, con la nariz completamente limpia.

—Bueno, es suficiente por ahora —concluyo—. Estén localizables, por favor.

La mujer se levanta para acompañarnos hasta la puerta.

—Espero que se haga justicia —dice Clara.

—Se hará, no se preocupe —le aseguro.

Carlos cierra la puerta tras de sí y, una vez estamos en el coche patrulla, le explico todo lo que hemos hablado durante su ausencia.

—¿Ha podido hacerlo él? —pregunta.

Me permito relajarme un rato. Suspiro y me recuesto en el asiento del copiloto.

—No lo tengo claro.

—¿Y a dónde vamos ahora?

—A hacerle una visita a Natalia Campos.

*19:56, Salamanca, 12 de noviembre de 2026*

Natalia vive en el centro de Salamanca, cerca del parque Alamedilla en un piso bastante grande.

Es ella quien nos abre.

—¿Vienen por la muerte de ese desgraciado?

Su cara luce una radiante sonrisa, pero no le llega a los ojos.

—¿Podemos pasar?

—Sí, claro.

Seguimos a la mujer hasta su cocina, donde nos sienta en una mesa y empieza a interrogar (sí, ella a nosotros).

—¿Cómo de degollado estaba su cadáver?

Carlos pone los ojos como platos y me mira.

—¿Perdón?

—Pues eso, que cómo estaba de degollado —repite—. ¿Estaba bien muerto?

—Creo que no nos ha dado tiempo a presentarnos. Somos los inspectores Leonor Ríos y Carlos Ruiz. De la Policía Judicial —comento—. ¿Entiende usted con quién está hablando? —pregunto mirándola fijamente—. Han encontrado muerto a un hombre con un cuchillo clavado en el pecho. Un hombre con el que usted tiene una conexión directa.

Natalia suspira y, de repente, comienza a llorar.

Sus sollozos son cada vez más fuertes. Ya no llora, berrea.

—¿Qué le pasa? —pregunta Carlos con tacto.

—¡Pues que mi hijo sigue muerto! ¡Eso es lo que me pasa! —grita la mujer.

Carlos y yo nos miramos sin saber qué decir. Es él quien se cambia a la silla de su lado y pone una mano en su hombre mientras se relaja.

Yo me limito a observar. Siento una gran presión en el centro del pecho.

¿Así se sentiría Ezequiel cuando le clavaron el cuchillo?

Después de unos diez minutos en silencio, ella llorando, Carlos apoyándola y yo callada, se limpia una última lágrima que le cae por el mentón y comienza a hablar.

—Pensé que cuando ese asqueroso muriera yo me sentiría libre. —Me mira con los ojos llorosos—. Tenía la esperanza de poder saborear esa justicia… Ahora él ha muerto, y mi hijo lo sigue estando.

—Lo lamento mucho —digo.

Carlos se levanta y vuelve a mi lado.

—¿Qué sabía usted del terapeuta de su hijo?

Natalia no dice nada. Se levanta y, cuando vuelve, nos trae un papel doblado.

Nos lo da y nos indica que lo abramos.

Es una carta.

—Toda vuestra. Yo no la quiero ni ver —murmura.

—Natalia, ¿no piensa hablar con nosotros? —pregunta Carlos.

—Me tomaban por loca. A ver ahora quién es realmente el loco.

Cabizbaja, la mujer se mete en una habitación y cierra la puerta. Nos lo tomamos como una invitación para abandonar la casa.

*14:34, Peñaranda de Bracamonte, 28 de marzo de 2024*

Un hombre cansado de trabajar todo el día, de aguantar niños corriendo de un lado a otro, pisándole lo fregado e ignorando sus amables saludos, baja al gimnasio del IES Germán Sánchez Ruipérez.

Ese mismo hombre que, consumido por la culpa, no soporta un día de trabajo más, deja con cuidado una carta doblada a la mitad sobre las colchonetas apiladas de la entrada.

Por último, el hombre, en el que nadie se ha interesado nunca por conocer, al que ni el nombre preguntaron, al mismo que llaman conserje, se sitúa en el centro del gimnasio, saca de su bata de limpieza una pequeña pistola y se pega un tiro en la sien.

El cuerpo del conserje queda abandonado hasta que el lunes siguiente abren las puertas del instituto.

Nadie le echó de menos.

*20:42, Salamanca, 12 de noviembre de 2026*

Nada más llegar a la comisaría, nuestros compañeros nos actualizan sobre el estado del caso. Han descubierto que tampoco se llamaba Ezequiel Valdés. Toda la documentación existente sobre este sujeto es completamente falsa.

Carlos y yo nos dirigimos corriendo a mi despacho para leer con calma la carta.

*Querida persona que está leyendo esto:*

*Han pasado dos días desde que se cometió el suicidio colectivo.*

*Y yo he sido testigo.*

*La primera vez que vi a Esteban fue en enero. Se presentó como un psicólogo licenciado en la Universidad de Extremadura. Me comentó que estaba impartiendo una terapia grupal. Dijo que era una iniciativa del ayuntamiento de Peñaranda. Prometió que el instituto se había ofrecido voluntariamente a dejar sus instalaciones para llevarla a cabo.*

*Y yo le creí.*

*Me pareció una iniciativa muy bonita. Así que no sospeche nada.*

*No sospeché del hecho de que el director no me había dicho nada, de que el ayuntamiento no había anunciado nada; no sospeché lo que se escondía detrás de esa "iniciativa tan bonita".*

*Un miércoles de febrero, no recuerdo con exactitud el día, era la reunión semanal de la terapia. Esteban pensaba que, mientras estaban allí, yo me iba a mi casa, solo que él no sabía que mi casa está dentro del instituto. Ese día decidí esconderme en el baño y escuchar.*

*No quería hacerlo… Bueno, en realidad sí quería. Estaba aburrido y triste. Cuando el aburrimiento y la tristeza se unen, el resultado suele ser fatal.*

*Allí escondido, entre el hedor del baño masculino, escuché todo.*

*No era una terapia normal.*

*Esteban hablaba sobre un "más allá", sobre desprenderse de bienes materiales, sobre un "alumbramiento".*

*Prometía paz, bienestar, salud, riqueza… y felicidad.*

*Prometía felicidad como si fuera algo que se pudiera regalar.*

*Y ellos se lo creían.*

*A partir de ese día, me empecé a esconder siempre en el baño y escuchaba en silencio.*

*Cada vez se decían más barbaridades, y cada vez los pobres pacientes estaban más convencidos de lo que escuchaban. Realmente creían en el Alumbramiento. Estaban dispuestos a darle a Esteban todos sus bienes y después reunirse con él en el más allá.*

*Después de varias semanas espiando, decidí actuar. Me acerqué al hombre y le dije que lo sabía todo. Él intentó convencerme de unirme, pero lo rechacé. Amenacé con denunciarlo a la policía, pero él me amenazó a mí.*

*Al principio pensé que iba a matarme, pero no, fue peor.*

*Dijo que, si yo me atrevía a ir a la policía, arruinaría mi vida. Me echarían del trabajo por dejarles pasar en horario no lectivo. Dijo que acabaría en la cárcel… Él saldría impune; no hay forma humana de encontrarlo.*

*Me aseguró que me mataría, pero me dejaría seguir respirando.*

*Así que calle.*

*Hasta hoy.*

*Yo, José Antonio Zapatero, me declaro cómplice del suicidio colectivo que se llevó a cabo en el gimnasio del instituto público de Peñaranda de Bracamonte promovido por un hombre que se hacía llamar Esteban García.*

*Y yo, el conserje del instituto, podría haberlo detenido hace meses, pero no lo hice.*

—Era una secta —dice Carlos con voz temblorosa—. Leonor, Ezequiel era un líder sectario.

Abro la boca para decir algo, pero vuelvo a cerrarla. Siento un nudo en la garganta que impide que salgan mis palabras.

Siento genuino asco, pero también cierto alivio de que Ezequiel Valdés se encuentre sin vida.

Natalia no estaba loca. Para nada.

*02:47, Salamanca, 13 de noviembre de 2026*

Imposible, no puedo dormir. No tengo nada de sueño.

Me siento impotente.

Nunca habíamos tenido casos tan gordos aquí en Salamanca. Sí que ha habido alguno por la capital o Barcelona, pero aquí…

No es simplemente arrestar a un asesino a sangre fría. No, no es eso ni de lejos.

El hombre que debería ser arrestado está muerto.

Cuento hasta mil doscientos treinta e intento dormir.

*06:07, Salamanca, 13 de noviembre de 2026*

El sonido de mi teléfono me despierta. Carlos me está llamando.

—¿Carlos? —pregunto adormilada.

—¡Ven, rápido! Alguien ha entrado en la escena del crimen.

—¡Voy corriendo!

Salto de la cama y me visto lo más rápido que puedo. Cojo el coche y voy rozando el límite de velocidad.

Subo las escaleras corriendo.

El cuerpo de Ezequiel ya no se encuentra en el piso. Se lo llevaron al laboratorio el otro día para hacer la autopsia. Sin embargo, la mancha de sangre del suelo sigue siendo completamente visible.

—¿Qué ha pasado? —pregunto asustada.

—Habrá sido durante la noche, después de que se hayan llevado el cadáver. Alguien ha entrado y ha dejado esto.

Mi compañero me enseña un Post-it de color blanco.

*00000000-X*

Es un número de DNI.

—Ya hemos buscado el titular —explica Carlos—. Pertenece a un hombre llamado Fermín Martín Robles. Se certificó su defunción el 26 de marzo de 2009. La misma fecha que…

—El suicidio colectivo —decimos los dos a la vez.

Agarro el Post-it y lo estudio detenidamente.

Hay algo que llama mi atención.

Una pequeña mancha amarillenta apenas visible. Como una salpicadura.

—¿Dónde estaba la nota? —pregunto.

—Ahí —señala Carlos—. Cerca del charco de sangre.

Me acerco cuidadosamente y me agacho para inspeccionar.

Han fregado.

Corro al baño para confirmar mis sospechas.

La taza del váter tiene pequeñas manchas de vómito.

Ayer había vómito en la entrada, y ahora aquí.

Hay que analizar el vómito.

Por un pequeño instante siento un extraño impulso de tirar de la cadena y hacer desaparecer las pruebas.

*10:02, Peñaranda de Bracamonte, 13 de noviembre de 2026*

—Clara Romero Díaz, queda usted detenida como presunta autora del asesinato de Ezequiel Valdés, también conocido como Esteban.

Carlos es quien esposa a la mujer. Yo no me sentía capaz de hacerlo.

Clara mira a su marido con ojos llorosos. Pedro le devuelve la mirada. A ella le cierran la puerta del coche patrulla. Él es quien cierra la puerta de su casa.

*09:00, Salamanca, 14 de noviembre de 2026*

He pedido hablar a solas con ella.

Cuando entro en la habitación de interrogatorios, Clara está sentada en una de las sillas, con las manos cruzadas sobre el pecho.

—Hola, Clara.

Clara no me mira.

—Necesito hablar contigo.

Por fin, levanta la cabeza.

Pequeñas lágrimas surcan su rostro.

—¿Por qué has hecho todo esto? —pregunto con cautela.

Tenía las pruebas suficientes para denunciar a Fermín. Las facturas del Word y la carta de José Antonio con algunos testimonios habrían sido bastantes para iniciar el

proceso judicial. Además de que ha confesado ser quien dejó el número del DNI, teníamos su verdadera identidad. Lo tenía todo para mandarle directo a la cárcel. Pero no lo hizo.

Yo también querría ver a ese hombre entre rejas; me habría encantado meterle yo misma en el calabozo.

—No quería matarlo —confiesa—. Pero necesitaba verle muerto. Mi suegra, una mujer increíble, está muerta por su culpa. Al igual que Santi. Y que Miriam, Roberto y Sofía.

El dolor que siento ahora mismo no es comparable con el que desprende su mirada.

No hablo; dejo que continúe.

—Odiaba ver sufrir a Natalia y Pedro. Desde que todos se rindieron, empecé a investigarlo por mi cuenta. Lo he seguido a todas partes y me aprendí sus horarios —explica—. Dijo que se volvía a Cáceres: mentira. Descubrí su piso en Tejares y me colé (fue donde encontré la carta del conserje que le di a Natalia y el DNI); no se ha movido de Salamanca desde que pasó lo que pasó. Dijo que era un psicólogo licenciado en la Universidad de Extremadura; mentira también, no acabó ni la ESO. He tardado meses en reunir toda la información que tengo hasta ahora. Han sido dos años de dedicación a perseguirle. Dos años mintiendo a mi marido sobre mi "trabajo de doble turno" mientras él se ahogaba en una culpa que no le pertenecía, responsabilizándose de la muerte de la mujer que le dio la vida. Viendo cómo todo el mundo tomaba por loca a Natalia—toma una pausa para respirar y relajarse; está acelerada—. Y cuando por fin lo tenía todo para denunciarlo, para hacerle pasar el resto de su vida entre rejas. Siento que no es suficiente.

—¿Y decidiste matarlo?

—No, decidí que no era justo que él siguiera vivo mientras esas cinco personas se las comían los gusanos. Que se vaya a la cárcel no es suficiente. Un hombre que ha falsificado su propia muerte, que ha robado, que ha matado a cinco personas… y las que no sabemos, porque solo llevaba cuatro años en Salamanca, no merece vivir. No merece poder respirar tranquilo rodeado de guardias, ni comer comida caliente, ni poder ejercitarse, ni dormir en un colchón, no merece ni poder asearse. —El odio que desprenden sus palabras me obliga a apartar la mirada—. Y ahora seré yo quien quede encarcelada.

Salgo de la sala, cabizbaja.

—¿Cómo ha ido? —pregunta Carlos.

No respondo.

Sigo caminando.

Desearía haber tirado de la cadena.

*19:01, Peñaranda de Bracamonte, 26 de marzo de 2024*

Todos se dispararon a la vez en el pecho, justo a la altura del corazón. Todos, menos Fermín (bueno, realmente sería Esteban).

Aunque no había ganado mucho dinero con los bienes de estas personas, le hacía ilusión organizar el suicidio el día del aniversario de su muerte.

Rodea los cadáveres y sale del gimnasio.

No se irá muy lejos. Tiene que controlar a José Antonio; sabe demasiado.

"Ha sido demasiado fácil", piensa. "Convencer a la gente sin esperanza es demasiado fácil".